

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 223

Valencia, 12 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

Voces de calidad

Siempre pensé que Juan Ramón Jiménez, en España o fuera de España, allí donde se encontrara, estaría con nosotros, con los amantes del pueblo español, del lado de nuestra gloriosa República. Y deseaba —porque nunca faltan males que gustan de enturbiar la opinión sobre la conducta de los excelentes— que esta convicción mía ganara la conciencia de todos.

Bien hizo el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN en publicar, hace ya muchos días, las palabras de nuestro gran lírico, a su llegada a América.

«Madrid ha sido —dice Juan Ramón Jiménez—, durante este primer mes de guerra, yo lo he visto, una loca fiesta trágica. La alegría, la extraña alegría de una fe ensangrentada rebosaba por todas partes; alegría de convencimiento, alegría de voluntad, alegría de destino, favorable o adverso. Y este frenesí entusiasta, esta violenta unión con la verdad, habrían decidido desde el primer momento el triunfo justo del pueblo, si la rebelión militar no hubiese sido amparada por codiciosos poderes extraños. Y España, la República española, democrática y legal, estaría hoy reorganizando, completando su firme ejemplo ante el mundo.»

Palabras son estas de testigo presencial, algo más, de quien hizo suya y vivió con el pueblo, con su pueblo, la gran experiencia trágica de la España actual. «Yo lo he visto», dice Juan Ramón Jiménez, aludiendo sin la menor jactancia a ojos excepcionales, los suyos, de verdadero poeta, que ven en lo profundo. «Como una violenta unión con la verdad», nos define Juan Ramón aquel ímpetu popular que realizó el milagro del Guadarrama y obró, luego, tantas hazañas portentosas, que son hoy el asombro del mundo. En efecto, nuestro pueblo ha necesitado siempre de la violencia; del frenesí entusiasta para unirse con la verdad, con su propia verdad; tantos son entre nosotros los poderes sombríos que contra ella militan, tantos los enemigos de la más humilde como de la más egregia verdad española. Por suerte, abundan ya los ojos que la han visto desnuda. Tal ha sido para muchos, para los mejores, la gran revelación de la guerra: la verdad española está en el corazón

del pueblo como un arco tendido hacia el mañana, y es hoy una consciente voluntad de vivir en el sentido esencial de la historia.

Cuando Juan Ramón escribió las nobles palabras transcritas, eran los días en que la contienda que ensangrienta a España nos aparecía con vagos caracteres de guerra civil entre dos categorías de españoles, o, si queréis, entre dos Españas: la España popular, ávida de nuevas experiencias humanas, España viva y, por ende, incapaz de vivir a retrotiempo, y la España desmayada y sombría, tantas veces cobarde ante la historia, que invoca vanamente una tradición de cultura que ella nunca hubiera contribuido a crear, y cuya tradición verdadera está hecha de renunciaciones, fracasos y tradiciones; una España triste que alguien, no yo, llamará burguesa, con adjetivo sobradamente holgado para su mezquindad, una España de viejas infecundas, que compró al hambre africana los brazos que habían de defenderla.

La guerra civil, tan desigual éticamente, pero, al fin, entre españoles, ha terminado hace muchos meses. España ha sido vendida al extranjero por hombres que no pueden llamarse españoles: quien vende a su patria se desnaturaliza y ha de sobreentenderse que renuncia a su patria para buscar cobijo en la patria del comprador. De suerte que ya no hay más que una España, invadida, como otras veces, por la codicia extranjera y, como otras veces, a solas con su pueblo y con su destino, quiero decir con su razón de ser en lo futuro, para luchar sin tregua ni desmayo por su propia existencia, contra dos potencias criminales, tan fuertes como viles, que le han salido al paso en la más peligrosa encrucijada de su historia.

Mucho alienta escuchar las voces de los buenos —su claro timbre español—, en los momentos más trágicos, que han de ser también los más fecundos, de esta magnífica soledad española.

ANTONIO MACHADO

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Páginas para la historia del Frente Popular

Por DIEGO MARTINEZ BARRIO, Presidente de las Cortes españolas

IV

La destitución del primer Presidente de la República

Las primeras declaraciones del señor Azana, al encargarse del poder, señalaron categóricamente el propósito de restablecer la paz material y moral del país.

Pocas veces se habrá expresado un jefe de Gobierno con mayor moderación y buen sentido:

«A todos los ciudadanos españoles el Gobierno de la República se dirige con palabras de paz, como corresponde al poder legítimo de la nación, constituido en virtud de la

voluntad manifestada en las elecciones pasadas.

El Gobierno espera que toda la nación corresponda a los propósitos de pacificación, al restablecimiento de la justicia, de la libertad, de la vigencia de la Constitución y del espíritu republicano que él tiene desde la hora en que se ha constituido.

El Gobierno de la República tiene el convencimiento de que todos los españoles, sin distinción de ideas políticas y depuestos ya los ardientes de la contienda electoral, muy legítimos, pero que deben terminar cuando la contienda cesa, han de cooperar en la obra

que el Gobierno trata de emprender con su responsabilidad exclusiva.

Por tanto, esperamos que los que nos han ayudado a reinstalar la política republicana sean nuestros primeros colaboradores, manteniéndose dentro de la ley, no perturbando la paz pública y tampoco malogrando la victoria por motivos de impaciencia o de generosa presunción en la consecución de los fines que a todos nos mueven.

El Gobierno añade a esto que no está movido de ningún propósito de persecución y venganza. Los rencores, con la responsabilidad del poder, no existen. Ninguna persecu-

ción se ha de tomar por parte del Gobierno, siempre que todo el mundo se mantenga dentro de la ley. Nosotros no conocemos más enemigos que los enemigos de la República y de España, y no tenemos que perseguir a nadie mientras se limite al cumplimiento de los derechos que la Constitución nos concede a todos. Sólo el que viole la ley, el que no esté en paz con la ley, con las autoridades, con él, podrá temer el rigor del Gobierno, que, en ningún caso, tampoco se saldrá de lo que demanden sus deberes.

Nuestro lema es: defensa de la República, República restaurada, y, por consiguiente, prosperidad, libertad y justicia en España. Unámonos todos bajo esta bandera, en la que caben los republicanos y los no republicanos y todo el que, ante todo, sienta el amor a la patria, la disciplina y el respeto a la autoridad constituida.

Desgraciadamente, estas palabras no encontraron el debido eco. Falange Española, organización de tipo francamente revolucionario, que había reunido muy pocos mil-
lares de votos en las elecciones de

D O S

cartas del ex
marqués de

Magaz pseudoembajador de los "Nacionalistas" en el feudo de Hitler

(Hay un sello en seco, con el escudo de la República española, que dice: Embajada en Berlín)

9 de agosto de 1937.

Querido Carlos: Recibo hoy juntas dos cartas tuyas: una del 28 del pasado y otra del 1.º del corriente. En ellas insistes en dos cosas: en que quisieras cambiar de destino y, a ser posible, de regimiento, y que no has recibido el cheque de 2.000 pesetas que te envié. Ya te escribí que yo había vuelto a insistir en Salamanca respecto a tus deseos, como así lo hice; pero no pienso volver a escribir ni hacer nada más, pues en estos casos me parece de una gran responsabilidad torcer la suerte de las personas. En cuanto a lo del cheque, te escribí también para que te dirigieras al director de la Sucursal del Banco de España en Zaragoza preguntándole, en vista de que el cheque no había llegado a tus manos, qué debías hacer para cobrarlo. Puedes, sin inconveniente, usar de esta carta para que el director vea estamos de acuerdo.

Estuve en Baviera para entregar mis credenciales a Hitler y la expedición resultó muy interesante y agradable, aunque cada día deploro más mi desconocimiento del alemán, que dificulta mi gestión y hace poco amena mi estancia en este país tan admirable por varios conceptos.

El Vaticano se decidió, al fin, a aceptar una fórmula que yo propuse para llegar al reconocimiento "de jure" sin necesidad de hacer ninguna declaración. Siento no me hayan dejado algún tiempo más para recoger personalmente el fruto de mis gestiones.

Te envío unos cuantos sellos para tu coronel y para ti un apretadísimo abrazo de tu papá.

Firmado: ANTONIO

P. S. Escrita y cerrada esta carta la abro para decirte he recibido ahora la tuya del 4 que ha llegado bastante bien, pero nada tengo que añadir.

Te abraza muy fuerte tu papá.

Firmado: ANTONIO.

(Hay un sello en seco con el escudo de la República, que dice: «Embajada de España en Berlín.»)

9 de agosto de 1937.

Señor Director de la Sucursal del Banco de España
En Zaragoza.

Muy Sr. mío: A mi reciente paso por Burgos recogí del Banco de España en aquella capital un cheque de 2.000 (dos mil) pesetas a favor de mi hijo Carlos Magaz, capitán de Artillería, para cobrar en esa sucursal de su dirección. Remítelo cheque a mi hijo desde San Sebastián cuando, en el interin, había cambiado de destino, sin que hasta la fecha el cheque haya llegado a sus manos. Mi hijo escribirá a usted rogándole le indique lo que debe hacer para cobrar la expresada cantidad y yo me permito pedirle le dé, al efecto, las mayores facilidades.

Gracias mil anticipadas y con tal motivo, me es grato ofrecerme de usted muy afmo. amigo

q. e. s. m.

Firmado: ANTONIO MAGAZ

(Los originales autógrafos de estas cartas obran en nuestro poder.)

febrero, empezó a crecer de modo alarmante. Se precipitaron en sus filas las masas despechadas del partido de Gil Robles, los residuos de los Sindicatos Libres, que organizó, el año 20, el general Martínez Anido, y los militares voluntariamente retrados el año 31, quienes, a pesar de su condición de pensionistas privilegiados, añoraban las dulzuras del antiguo mando. Por un instante, al celebrarse las primeras sesiones de las Cortes, pudo abrigarse la esperanza de que el buen sentido venciera la pasión exasperada de los partidos. La elección de la Mesa de la Cámara reunió las voluntades de todos los grupos, y yo, que fui el candidato del Frente Popular a la Presidencia, obtuve 386 votos de los 397 diputados que tomaron parte en la elección. La tregua duró tan sólo unos días. Soplaban demasiado fuerte el viento de la calle para que se abriera camino cualquier política de pacificación y reconciliación.

No fué extraño que el debate sobre la disolución de las Cortes anteriores se iniciara en un ambiente de recelo. La derecha y la ex-

(Continúa en la página siguiente)

tema izquierda habían fijado durante la campaña electoral su posición acerca del problema planteado por el propio presidente de la República en el decreto de convocatoria. Ambas fuerzas políticas estimaban que la disolución de la Cámara era la segunda realizada por el presidente, quedando con ello extinguida, a estos efectos, sus facultades constitucionales.

Peró el resultado de las elecciones cambió el panorama. La Cámara elegida tenía una fuerte mayoría de izquierdas, y nada más mortificante para los partidos derrotados que esa Cámara asegurara una larga existencia, por lo menos la que mediaba desde su constitución a la terminación del mandato del presidente de la República.

Además, conocida la mala voluntad del señor Alcalá Zamora al Gobierno del Frente Popular, lo convenía privarle de la facultad de promulgar otro decreto de disolución. A este criterio político ajustó la derecha su intervención en el debate, y con mayor o menor rebozo se acogió a la tesis presidencial de que no se le computara la disolución de las Cortes Constituyentes como una de las dos a que la Constitución autorizaba al jefe del Estado.

Ta rectificación de principio avivó el recelo de los partidos del Frente Popular y les afirmó en el propósito de declarar lo contrario, es decir, que con la disolución de las anteriores Cortes ya había ejercido el presidente de la República dos veces su prerrogativa.

La votación de la Cámara aceptó esta doctrina por gran mayoría, y yo tuve que cumplir los trámites señalados para estos casos en el artículo 81 de la Constitución.

Este artículo, rápidamente convertido en clave de la ulterior política de la República, dice:

«El presidente de la República podrá convocar al Congreso con carácter extraordinario, siempre que lo estime oportuno.

Podrá suspender las sesiones ordinarias del Congreso en cada legislatura sólo por un mes en el primer período y por quince días en el segundo, siempre que no deje de cumplirse lo preceptuado en el artículo 58.

El presidente podrá disolver las Cortes hasta dos veces como máximo durante su mandato, cuando lo estime necesario, sujetándose a las siguientes condiciones:

a) Por decreto motivado.
b) Acompañando al decreto de disolución la convocatoria de las nuevas elecciones para el plazo máximo de sesenta días.

En el caso de segunda disolución, el primer acto de la nuevas Cortes será examinar y resolver la necesidad del decreto de disolución de las anteriores. El voto desfavorable de la mayoría absoluta de las Cortes llevará la destitución del Presidente.

La resolución de la Cámara planteó seguidamente otro problema: el de determinar si había sido o no necesaria la disolución. Para abrirle cauce procedí a ejecutar lo dispuesto en el apartado 2.º del artículo 106 del Reglamento del Congreso:

«Para la debida garantía no cabrá tratar del asunto sino anunciando su planteamiento con antelación de tres días, citación general y señalamiento de la hora en que el debate ha de comenzar.»

Mi deber estaba claro y lo cumplí. El viernes 3 de abril, adoptó la Cámara el acuerdo de declarar que la disolución de las anteriores Cortes era la segunda de las dos que podía hacer el Presidente de la República, y para el martes 7, a las cinco de la tarde, convoqué yo la reunión prevista en el artículo 106 del Reglamento.

En el ejercicio de su derecho, las Cortes iban a encarsarse con el primer Magistrado de la nación.

Desde el sábado empezaron a circular por Madrid graves noticias relacionadas con la actitud del Presidente de la República. Se decía por algunos que tenía preparado un mensaje presentando la dimisión, y

por otros, que, creyendo nulo el acuerdo de la Cámara, no pensaba acatarlo. Pero la opinión más generalizada era la de que se disponía a disolver el Parlamento, haciendo uso del derecho que aún creía poseer y que las Cortes le negaban.

Todos estos rumores, llegados a mí por diferentes conductos, me produjeron viva preocupación. Decidí interrogar a la esfinge e intentar que se reconciliara con el Gobierno y se cometiera al Parlamento.

Concedida que fué la audiencia, me trasladé a Palacio. No sabía yo que aquélla era la última vez que habríamos de encontrarnos y que 48 horas más tarde, por exigencias indeclinables del deber, estaría yo ocupando su puesto.

A las pocas palabras p'anteé el problema de frente al señor Alcalá Zamora. Dije que el acuerdo de la Cámara lo estimaba perfectamente legal y constitucional, y que el bien del país y la tranquilidad de la República imponía de su parte un completo acatamiento. No hizo objeción alguna, si bien tampoco mostró la menor conformidad a mi tesis. Lo único visible de su actitud fué el deseo de que yo diera por terminada la entrevista.

Agotado el tema, llevé la conversación a otro terreno igualmente resbaladizo: el de sus relaciones con el Gobierno. No es posible —le afirmé— que el Jefe del Estado y

el Gobierno responsable vivan en franca oposición. De su antagonismo se resentían todos los negocios públicos, y en las diferencias, bien conocidas, encuentra la opinión imparcial motivo de desasosiego, y los adversarios argumentos para sus campañas. Ningún régimen resiste la carcoma interior, máxime cuando carece de la fortaleza que dan los siglos.

El Presidente reaccionó con violencia: —¿Usted cree —dijo— que yo soy culpable de esas diferencias?

—No se trata de eso—contesté—. El problema es distinto. Desde mi punto de vista, carece de importancia que sea usted o sea el Gobierno quien se encuentre asistido y cargado de razón. Lo peligroso es la ruptura en sí, tanto más, cuanto que el Gobierno goza de la absoluta confianza de la Cámara y actúa cumpliendo un programa político, refrendado por el voto popular, que obliga a todos, al Ministerio que lo desarrolla y al Presidente de la República, que constitucionalmente, a medida que se voten las leyes, deberá promulgarlas.

Hizo un gesto el señor Alcalá Zamora, y con otro amable de despedida, se encaminó y me encaminó a la puerta. Más que de sus palabras, de su actitud deduje que mi esfuerzo estaba fracasado. Dejaba en Palacio, no al árbitro imparcial por encima de los partidos, sino al

beligerante impetuoso, que no sabiendo desenlazar el nudo, se disponía suicidamente a cortarlo.

Los rumores pesimistas se acentuaron la mañana del martes. Hervía la calle, y, como de costumbre, empezaban a sonar la espuelas y los sables en los cuarteles. A las cuatro de la tarde, cuando llegué al Congreso, el Gobierno me hizo saber que los partidos de la mayoría iban a declarar que la disolución de las Cortes anteriores no había sido motivada, y acordar, por tanto, la destitución del Presidente de la República.

Focas horas más tarde, después de un debate dramático, las Cortes, por 233 votos contra 10, destituyeron al señor Alcalá Zamora. Posteriormente se ha discutido mucho este acto de la Cámara. ¿Fue legal? Evidentemente, porque ninguno de los requisitos exigidos por la Constitución y el Reglamento del Congreso hubo de omitirse. ¿Fue un acto moral? También lo fué, desde el momento en que el Presidente dejó entrever una actitud de rebeldía contra la resolución parlamentaria que le privaba del derecho a disolver otra vez las Cortes. Así lo entendieron los republicanos de izquierda, los nacionalistas vascos y catalanes, los socialistas y los comunistas, e incluso los centristas agrupados en torno del anterior presidente del Consejo, señor Por-

tela, y por ello votaron la destitución.

Implicitamente, así lo estimaron también los partidos de la oposición: Acción Popular (Gil Robles), Agrarios (Cid) y Lliga Catalana (Ventosa), absteniéndose de votar. Al Presidente destituido no le asistieron con su confianza más que 10 diputados, exiguu resto de aquella entusiasta votación que cinco años antes le había elevado a la dirección de la República.

Mi interinidad empezó el 8 de abril y terminó el 11 de mayo. Los primeros en reiterar su adhesión y la de las fuerzas que mandaban, fueron los generales Goded, Franco, Cabanellas, Villabril, Molero, Sánchez Ocaña y el coronel de la Comandancia de Asturias, Aranda. Tampoco anduvo perezoso el inspector del Cuerpo de Carabineros y consuegro del Presidente destituido, general Queipo de Llano, quien, no creyendo suficiente la adhesión escrita, me pidió audiencia y se presentó en Palacio el día que le citaron. Entre la miel de sus palabras y la policromía de sus cruces, cintas y otras preseas, cualquiera menos descontentado que yo se hubiera emocionado.

El Cuerpo diplomático y el elemento civil también hicieron acto de presencia. Para todos, la legitimidad de mi autoridad era indiscutible. El Presidente interino de la República ocupaba la más alta Magistratura, no por un acto de violencia, sino en cumplimiento de un mandato terminante de la Constitución.

¿Podrían faltar los partidos políticos a esta convalidación moral del despido del señor Alcalá Zamora? No faltaron tampoco. Un día me visitó el señor Maura; otro, el señor Portela; más tarde, el jefe del grupo Agrario, señor Cid; luego, el ex ministro de Acción Popular, señor Jiménez Fernández; por último, el señor Gil Robles. Ni siquiera el doctor Marañón se creyó eximido del deber, que me significó como muy grato, de pasar a saludarme. Es posible que alguno de mis ilustres visitantes se haya arrepentido de que su testimonio personal, presentándose en Palacio, sirva hoy para desvanecer la leyenda de que las instituciones de la República se montaron en verdadera ilegitimidad el día 8 de abril, pero yo sigo riéndoles gratitud. Cuanto han hecho después, no ha podido suprimir lo que hicieron antes, y el acto voluntario de sometimiento a la representación personal de la República que habrían de combatir airadamente al lado de los rebeldes más tarde, permanece acusador y aleccionador. Fué la pequeña huella histórica, que no borran todas las aguas del Océano.

(De «Crítica», de Buenos Aires.)

Dos marineros del "Leipzig" recompensados

BERLIN, 7. —El Ministro de Marina anuncia que ha decidido recompensar a dos marineros del «Leipzig» que, con su vigilancia, salvaron a dicho crucero los días 15 y 18 de junio último. Se recordará que el Comandante del «Leipzig» pretendió haber sido atacado por submarinos desconocidos, que lanzaron dos torpedos contra el navío sin lograr alcanzarlo.

El Ministro de Marina ha enviado a cada uno de dichos marineros una fotografía del crucero con una inscripción dando gracias a los dos marineros, en nombre de la tripulación, por haber salvado al barco los días 15 y 18, de los ataques de unos submarinos «desconocidos».

(L'Información.-8-IX-37.)

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

La Conferencia de las Potencias Mediterráneas debe culpar a Italia y hacer que cese la piratería

El fascismo que hasta el presente se había apuntado algunos tantos en el campo internacional, acaba de perder uno.

Al aceptar la posición francesa de convocar una conferencia de los Estados interesados en el Mediterráneo, conferencia que tiene por objeto determinar las medidas que han de tomarse para garantizar la seguridad del tráfico y de las vías de comunicación en este mar, el Gobierno británico ha hecho un viraje importante en su política, cuyas consecuencias pueden ser considerables.

La Gran Bretaña es, en efecto, la llave de la política internacional y su responsabilidad es inmensa.

De su actitud depende la paz o la guerra ya que por ser la primera potencia imperial del mundo su influencia se extiende por todas partes y de sus actos políticos se deriva la actitud de sus coparticipes, en cada una de las partes del mundo.

Por eso es, desde luego, por lo que los Estados totalitarios fascistas, que se afanan en desenadenar el desconcierto general para el reparto del mundo, tratan por todos los medios de mantener las simpatías de los círculos dirigentes de Inglaterra y dirigen su política de tal forma que impida que Londres apoye con toda su fuerza la idea de la paz colectiva.

En estas condiciones, Londres ha tenido mucho tiempo a París en el surco de una política errónea, pero dictada por el único cuidado de la defensa egoísta de los intereses imperiales.

Esta política ha conducido a la nación frente a las violaciones de los tratados por Hitler —sobre todo el 7 de marzo de 1936—, y ha llevado a la «No intervención» en el drama español. Ha dado lugar a la guerra de China, pues el Japón se sentía estimulado por las insinuaciones que le había hecho Inglaterra respecto a un acuerdo a expensas de China. Pero he aquí que ese estímulo a los agresores se vuelve hoy directamente con los intereses y la seguridad de la Gran Bretaña. En China, la City cuenta sus pérdidas por millones de libras esterlinas. En el Mediterráneo, Inglaterra ve su ruta hacia las Indias colocada bajo la vigilancia de Italia. Y el «gentlemen's agreement» como la llamada «neutralidad en los asuntos de España» se saldan con la guerra naval dirigida por Italia bajo forma de piratería, en el sentido más exacto de la palabra.

En efecto, la guerra de intervención en España y la guerra de China se extienden a todos los países, arrastran poco a poco al mundo a la conflagración general.

Las grandes democracias se hallan hoy ante una situación muy grave que hubiese podido evitarse, si las medidas que se toman conjuntamen-

te en el momento actual se hubieran tomado en 1935, o, todo lo más, en el mes de agosto de 1936.

Observemos que los ministros británicos han sido impulsados a la actitud de firmeza que los pueblos tienen el alivio de comprobar, por el movimiento de indignación que ha levantado a la opinión inglesa contra la arrogancia y el cinismo del bloque fascista. Y hoy, Londres se declara dispuesto a obrar de acuerdo con París, en el Mediterráneo y con Washington, en el extremo Oriente.

Dentro de unos días, en Ginebra, por el hecho mismo de este viraje inglés, los países pacíficos pueden decretar una política de defensa común de la paz que puede y debe descartar este espantoso peligro.

Cuando «The Times» escribe: Hay que organizar un contraataque para poner fin a estos actos de piratería, ello indica que en Londres se ha comprendido, al fin, que el fascismo no retrocederá más que ante la fuerza; que se ha terminado con los compromisos de la neutralidad egoísta, y que es necesario defender colectivamente la paz, poniendo en movimiento las formidables fuerzas morales y materiales de los pueblos pacíficos.

La Inglaterra democrática, en estrecha colaboración con la Francia del Frente Popular, unida a la América del presidente Roosevelt, y sobre la base del Pacto de la Sociedad de Naciones, propondrá, para hacer efectiva la proposición francesa destinada a la defensa común de la paz, de la seguridad y de la vida de los marinos en el Mediterráneo, la idea de la «responsabilidad común», en la represión de la piratería y la acción colectiva contra los piratas.

Roma ha puesto una condición para participar en la Conferencia: que le sea reconocida a Franco inmediatamente la calidad de beligerante.

El Gobierno británico ha rechazado esta exigencia, la cual, si fuese aceptada, reduciría a la nada toda lucha común contra la piratería. La prensa italiana, por otra parte, apoyada por la prensa hitleriana y los órganos fascistas franceses, escribe que Italia tiene «un expediente que presentar contra la piratería roja». La cosa es demasiado burda. La prensa inglesa, en su totalidad, acusa sin equívoco y con pruebas, sólo a Italia, de ser la pirata del Mediterráneo, porque esta es la verdad.

Italia será, pues, culpada. Pero no será prudente dejarse influir por el «chantage» fascista y aferrarse a compromisos sin consecuencia. Para esta obra imperiosa y vital, los gobiernos democráticos pueden estar seguros del apoyo activo de las grandes masas populares.

M. MAGNIEN

(De «L'Humanité», 5-IX-37.)

El traidor Franco está arrepentido de la conquista de Bilbao

En el diario francés «République» se ha publicado el siguiente reportaje, que reproducimos por juzgarlo de interés:

EMOCIONANTE RELATO DE UN BILBAINO... ¡QUE VIVE ALLÍ!

Esta información nos llega directamente de Bilbao, enviada por un procedimiento que, naturalmente, no vamos a descubrir. Tiene, pues, un valor extraordinario como documento veraz, y al mismo tiempo da un gran aliento para nuestra fe republicana, ya que demuestra cómo las poblaciones dominadas por el ávido fascista esconden en su encarnizada, en defensa de nuestra causa que abre las puertas de la Patria a la invasión extranjera.

BILBAO NO ESTA DOMINADO.

Después de casi un año de lucha encarnizada, en defensa de nuestra libertad y de nuestra tradición, hemos caído, al fin, bajo la zarpa de las bestias negras del fascismo. Todo nuestro esfuerzo, todo nuestro heroísmo, hubieron de ceder fatalmente ante el empuje salvaje de una ola de hienas — ¡todo el fascismo internacional contra nosotros! — que nos destruía por aire, por tierra y por mar con la metralla homicida de sus poderosas armas. Y sucumbimos; pero sucumbimos dignamente y, lo que es más importante, provisionalmente. Porque sepa el mundo que el pueblo vasco honrado, cristiano y valiente, ha sido expulsado de Bilbao por la fuerza — una fuerza monstruosa que segaba vidas inocentes de niños y de ancianos — por la superioridad, imponente de sus adversarios; por la imposibilidad en que se halló de recibir refuerzos y material de guerra del Gobierno de Valencia; pero no porque su capacidad combativa y sus sentimientos antifascistas hayan flaqueado. En el pecho de cada vasco sigue ardiendo la llama del odio contra el dominio extranjero, y en cada fusil de miliciano hay cien balas dispuestas a la reconquista de su tierra. Bilbao volverá a ser de los vascos; mejor dicho, no ha dejado nunca de ser de ellos. La turba de alemanes, de italianos y de españoles traidores que invaden actualmente Vizcaya, sabe que nuestro espíritu — que es protesta encendida contra el fascismo — vive y alienta en la ciudad, en los pueblos, en todo el territorio ocupado por ellos. ¡Y nuestro espíritu no podrán dominarlo nunca!

Como se desarrolla la vida en Bilbao.

En apoyo razonable de cuanto queda dicho, voy a intentar, en la medida que me lo permita mi memoria, hacer un relato verídico — la realidad no necesita disfrazarse de mentira — de cómo se desarrolla la vida en Bilbao desde el día en que fué tomado por los fascistas:

Es rigurosamente cierto que aquella mañana, una hora antes de ser ocupada la capital por las tropas de Mussolini, Bilbao fué evacuado voluntariamente por la mayoría de su población civil. Las personas que quedaron en la ciudad — y entre ellas — lo hicieron, no guiadas por un sentimiento de simpatía hacia los traidores, sino obedeciendo a un plan premeditado de resistencia pasiva que no era en definitiva sino un sistema especial de ataque.

Las primeras fuerzas italianas — dos columnas de Flechas Negras que llegaron al centro de la ciudad — lo hicieron cantando «Giovinezza» y al grito de «¡Viva Italia!» Durante su paso por las calles, los soldados iban acrobizando a balazos los balcones y ventanas de las casas donde había banderas gubernamentales o nacionalistas vascas, y cuando éstas no podían ser derribadas a tiros, las hordas del Duce trepaban por las fachadas para arrancarlas.

Como consecuencia de estos disparos resultaron veintitrés personas heridas y once muertas.

BILBAO, ANTE LA ENTRADA DE LOS NACIONALISTAS.

Así transcurrieron dos horas, durante las cuales las diferentes columnas que iban llegando se fueron concentrando delante del Palacio de la Diputación, en espera de órdenes. Instantes después, el Alto Mando, italiano y alemán, reunido con los jefes españoles, cambiaba impresiones bajo el balcón central de la Diputación.

Un teniente coronel del ejército de Franco, respondiendo a una ironía lanzada por un jefe alemán sobre la falta de entusiasmo ciudadana no comprobada en la población, propuso:

— Hay que hablar al pueblo para que se entere de que está bajo nuestro amparo y manifieste júbilo.

La idea fué aprobada y el teniente coronel subió al balcón principal de la Diputación, y después de sustituir la bandera nacionalista vasca por la monárquica, la italiana y la alemana, gritó:

¡Pueblo de Bilbao! ¡El glorioso ejército nacionalista acaba de liberarte de las garras criminales de los separatistas rojos!... etc., etc.

El teniente coronel terminó su discurso sin conseguir que un solo balconista se abriera, que una sola persona viniese a escuchar sus palabras.

Encolerizado por el ridículo que había hecho el patriótico militar, ideó otro procedimiento más contundente: Ordenó que se organizase un desfile de fuerzas para las primeras horas de la tarde, al que — empeñó su palabra de honor — el pueblo de Bilbao le prestará el debido entusiasmo.

En efecto, durante el desfile de las tropas nacionalistas, los balcones del trayecto estaban llenos de gente, que aplaudía, con mayor o menor entusiasmo, al paso de la soldadesca.

Este fenómeno se debió a que una gran parte de las tropas rebeldes fué dedicada a entrar en las casas en grupos de seis individuos, y con las bayonetas caídas, obligaron a los vecinos a que permaneciesen en los balcones y aplaudieran al paso del ejército invasor.

Por negarse a aplaudir, cayeron, atravesados por las bayonetas italianas, seis hombres y dos mujeres.

LOS NACIONALISTAS SE VEN OBLIGADOS A «IMPORTAR» SACERDOTES.

Al día siguiente, las autoridades militares, queriendo dar una impresión de normalidad, que no existirá jamás en Bilbao mientras esté ocupado por el fascismo, publicaron un bando en el que ordenaban a todos los comerciantes e industriales la reanudación de la actividad en sus respectivos establecimientos, bajo amenazas severas. En el mismo bando se hacía saber a los sacerdotes la obligación que les imponían de acudir a sus parroquias para decir las misas de costumbre.

El bando fué perfectamente inútil. Ni un comerciante, ni un industrial, ni un cura dieron señales de vida. Esta resistencia pasiva antifascista de las clases burguesas produjo un efecto deprimente en los mandos militares y civiles, que hubieron de recurrir a otras ciudades para procurarse sacerdotes que pudiesen officiar en las iglesias y evitar, de este modo, el espectáculo bochornoso de que un ejército que dice defender la religión, no tenga curas que se presten voluntariamente a officiar para él.

Con este motivo, durante los primeros días fueron fusilados, sin formación de causa, tres sacerdotes y noventa y dos comerciantes, cuyos nombres obran en mi poder y que no enumero para ahorrar tiempo y espacio.

Después, la rabia criminal se fué moderando y han empezado a instruirse procesos contra «enemigos del régimen». Estos procesos suman hasta ahora ochocientos noventa y siete.

LOS ESTABLECIMIENTOS, SERVIDOS POR «COMPARSAS».

En vista de que los comerciantes no hacían caso de los bandos — se publicaron tres — y los establecimientos continuaban cerrados, las autoridades, después de varias consultas a Salamanca, acordaron, por la fuerza, abrirlos, y así permanecieron durante dos días.

Una mañana — justamente el noveno día de la ocupación de Bilbao —, todas las tiendas del centro, o muchas de ellas, aparecieron con un cartelón, que, encabezado con las flechas simbólicas de Falange, decía:

«Soldado español que luchas por la salvación de la patria: Si tienes necesidad de algún artículo de los que hay en esta tienda, entra y cógelo; te pertenece. Su dueño es un enemigo de nuestra santa causa, que te ataca cobardemente.»

Ni que decir tiene que las hordas italianas y alemanas, cumpliendo a pie de la letra la orden escrita, se dedicaron durante unas horas al desvalijamiento de Bilbao. Cuando la noticia llegó a conocimiento de las autoridades, el comercio había sido despojado de todas sus existencias.

El hecho, que produjo gran revuelo en los medios oficiales, dió motivo a que se adoptasen medidas para reclutar gente y ponerla tras los mostradores para dar la impresión de que estaban servidos por dependientes.

Las escenas pintorescas a que dió lugar la determinación fueron innumerables, pues se da el caso de que la persona que entraba a una tienda a comprar algo, tenía que buscarlo ella misma y hasta indicar el precio del artículo, ya que el «dependiente» no tenía la menor idea de su obligación.

Actualmente Bilbao es una auténtica colonia alemana. No sé por qué motivo, a pesar de que las fuerzas armadas, que pelearon en gran número para la conquista de nuestro suelo, eran italianas

y que la guarnición que ha habido que dejar en la ciudad está compuesta casi íntegramente por soldados del Duce, es lo cierto que desde el día siguiente a la toma de Bilbao, el control de todos los organismos oficiales pasó a manos de los alemanes. Igualmente, todas las actividades civiles de la capital están dirigidas o fiscalizadas por nazis. Las direcciones de puesta en marcha de los Altos Hornos, las je-faturas y los puestos de responsabilidad de todas las minas y de todas las industrias de la metalurgia, la dirección de los ferrocarriles y de los tranvías, los trabajos de reconstrucción de los puentes que fueron volados; todo lo que cuenta como factor importante de la producción está total e independientemente controlado por los esbirros de Hitler, que son dueños absolutos, no ya de la ciudad, sino de la región entera.

Los mejores hoteles están ocupados por ellos, pero no como tales hoteles, sino como verdaderos fortines de territorio alemán, a los que nadie puede llegar sin unos permisos especiales, cuajados de sellos en los que campea la cruz gamada y el águila alemanas.

Todos estos hoteles están servidos por soldados y por falangistas, a los que se obliga a aprender a toda prisa el alemán, para que puedan entender a sus «señores».

El estado de rebeldía latente, de rabia interna en que vive Bilbao, es tan manifiesto y tan inquietante para las autoridades nacionalistas, que ha motivado una declaración del general Franco, cuya publicación en la Prensa fascista fué prohibida a última hora por la censura, en la que el caudillo de los traidores afirmaba «que estaba arrepentido del esfuerzo militar — en el que hemos perdido nuestros mejores hombres — que hemos tenido que realizar para la conquista de un pueblo, cuya conducta actual demuestra que no merece nuestra protección».

Un detalle significativo de cuál es la actitud moral de Bilbao para con los invasores, podrá hallarlo el lector en el siguiente hecho, ocurrido hace pocos días:

Era domingo por la tarde. Uno de los cafés más céntricos de la población se hallaba ocupado por familias burguesas que se disponían a merendar. Inopinadamente, como el público se diese cuenta que había entrado en el establecimiento un grupo de soldados italianos, hombres, mujeres y niños, movidos por un mismo resorte de dignidad, se pusieron en pie y se dispusieron a evacuar el local. Los italianos, que se dieron perfecta cuenta del acto, comenzaron a vociferar insultos contra el público.

Una lluvia de cucharillas, de tazas y de platos cayó sobre los invasores, como respuesta patriótica a su provocación. Presa de ira, uno de los soldados sacó su pistola y comenzó a disparar sobre la masa de civiles. Estos, enardecidos por la villana agresión del italiano, se abalanzaron sobre él y lo golpearon hasta dejarlo casi sin vida.

Cuando se restableció la calma pudo comprobarse que los disparos alevosos del soldado de Mussolini habían producido las siguientes víctimas:

Una niña de cinco años herida en un brazo, un camarero herido en un hombro y una señora herida en el vientre y en la cabeza...

He aquí fielmente reflejada la situación espiritual de Bilbao; en lo que consiste la pacificación de España de la que hablan los generales traidores a su Patria:

Imposición bárbara a un pueblo que los odia. Entrega de este pueblo a la explotación extranjera. Y después, ¡Viva España! ¡Arriba España!

¡Miserables!...

Un presunto condenado a muerte.

«Adelante», Valencia 10 de Septiembre.

Para tener de nuevo una paz verdadera, es forzoso volver a los métodos del Pacto

¿Iniciará, por fin la Asamblea de la S. de N. un esfuerzo para enderezar la política internacional, o tendremos, por el contrario, que registrar la continuación del deslizamiento que, desde hace seis años, vuelve a colocar las relaciones entre los pueblos bajo el signo de la fuerza bruta?

La pregunta es angustiosa y quisiéramos responder a ella mejor que con un acto de fe.

Sin embargo, los Gobiernos que desean la paz no llevarán su ceguera hasta el punto de negar las consecuencias de las sucesivas debilidades cometidas con respecto al derecho internacional.

Se invoca de nuevo la seguridad colectiva, se reconoce que sólo ella puede asegurar el mantenimiento de la paz. Esto es harto evidente, pues fuera de ella no puede haber otra cosa que el retorno a la política de alianzas, es decir, a las condiciones generales que condujeron a la guerra de 1914-1918. Hay que admitir también que la organización de esta seguridad colectiva es indispensable si se quiere poner fin a una carrera de armamentos como no han conocido jamás las naciones.

Pero no basta hablar de seguridad colectiva. Hay que desealarla. Ya habría sido necesario impedir el debilitamiento de esta obligación fundamental no tolerando las repetidas violaciones del Derecho internacional. Ahora, a menos que renunciemos a esta salvaguardia y nos resignemos por adelantado a sufrir aventuras monstruosas, hay que trabajar para devolverle su eficacia, y eso no es posible si no se da fuerza de nuevo a los principios y compromisos del Pacto.

Si la paz del mundo está en peligro, si hay dos guerras en la actualidad, es porque el Pacto dejó de existir desde los días nefastos de la agresión japonesa en Manchuria.

Se nos dirá que no basta con lamentar el pa-

sado. Es cierto, pero ¿se pueden despreciar las lecciones de que este pasado está lleno? Y bien claras están estas lecciones. Se han hecho esfuerzos para resolver las diferencias internacionales con independencia del Pacto, para tener a la S. de N. ajena a unos problemas que evidentemente eran de su incumbencia. Y luego, después de haber debilitado así a la S. de N., se ha permitido que los Gobiernos totalitarios declaren que ya estaba liquidada. Los sucesos de España y los de China han sido la consecuencia de esto.

Nada se ha resuelto. El pretendido «realismo» sólo ha conducido a una serie de fracasos. Es verdad que después de cada uno de ellos se nos prometía que todo se iba a arreglar y que, en adelante, todo marcharía como sobre ruedas. Pero todo se ha agravado y la angustia es general.

El experimento está hecho. Las pruebas son concluyentes. Si se quiere tener en el mundo una paz verdadera, hay que volver a los métodos del Pacto. Hay que devolverle la actividad a la Sociedad de Naciones; hay que cesar en los errores que conducen a hacer perder toda confianza en el derecho.

¿Veremos hacer en Ginebra algún intento en este sentido?

Si las grandes potencias democráticas lo quieren, tendrán la seguridad de encontrar apoyo para sus esfuerzos pacíficos, en el conjunto de naciones medianas y pequeñas cuya existencia reside en el respeto del derecho y en la solidaridad internacional. Tendrán detrás de ella a las fuerzas de la opinión de todos los países en donde la libertad no ha sido asfixiada para preparar mejor la guerra.

¿Querrán?

LEON JOUHAUX

(«Le Peuple», 7-IX-37.)

En los tres meses últimos, la cotización exterior de la peseta ha ganado 72 enteros

VALENCIA, 9. — En el Ministerio de Hacienda ha sido facilitada una nota, en la que se dice:

«En todas las convulsiones interiores por que es susceptible de atravesar una nación, se produce, indefectiblemente, una dislocación más o menos duradera en todas aquellas normas estatutarias sobre las cuales, como puntos básicos, reside la coordinación económica del país. España no podía ser una excepción en la regla. La tumultuaria acumulación de los hechos, el aislamiento en que nuestro país se vio en los primeros momentos del movimiento subversivo, obligó al Gobierno de la República, dentro del ritmo de la guerra, a prestar atención preferente al problema internacional en su esfuerzo por legitimar y reivindicar unos derechos que siempre le han sido negados, y le ha impedido, como hubiera deseado, dedicar la totalidad de sus esfuerzos en la labor de ir estructurando la nueva economía; viéndose en la obligación, impuesta por aquellas circunstancias, de atemperar sus esfuerzos a ir improvisando sobre la marcha aquellas medidas y normas que la fase del nuevo estado de cosas hacía de imprescindible necesidad.

Una labor callada y tenaz no pudo dejar de rendir sus frutos. Hoy vemos que aquella labor, aquel esfuerzo, llevados a cabo por los abnegados funcionarios de la República, cristalizan en nuevos sistemas que permiten apreciar ya la vuelta a un período de orden, respeto y normalidad, cada vez mayor; al extremo de que los problemas que en los primeros momentos alcanzaron nivel de dificultades entonces inaccesibles, ahora, como resultado de la nueva estructuración económica, son resueltos con

una visión exacta del momento, serenamente, con la confianza que anima a un Gobierno que, cual el de la República española, se siente apoyado firmemente en la labor disciplinada y en el alto espíritu constructivo que anima a un pueblo que es capaz de gesta tal como la de simultaneizar una guerra feroz por la independencia del suelo con el esfuerzo de crear sobre la marcha un nuevo estado de cosas y una estructuración en todos los órdenes, sustituyendo por realidades de un bienestar inmediato de mejoramiento de clase lo que hasta el 18 de julio de 1936 no pasaba de ser una exposición teórica, nunca llevada a la práctica por Gobiernos que a sí mismos se atribuían la representación genuina del orden.

En el terreno económico internacional, también la República ha venido sus batallas duras y decisivas, luchando por el sostenimiento de nuestro signo monetario y en defensa de nuestro comercio exterior, y al apoyo interior, secundado por el esfuerzo realizado en el exterior, débese que en la actualidad el Gobierno de la República ejerza el control absoluto de los mercados nacionales y extranjeros.

Para ello, el Gobierno hubo de descongestionar el mercado extranjero de las existencias de pesetas, cuya acumulación suponía una grave amenaza de devaluación de nuestro signo monetario. Hubo, asimismo, que cortar la exportación fraudulenta de billetes del Banco de España, exportación que no tenía otro objeto que la especulación ilícita, y controlar la salida de los mismos del territorio leal al Gobierno legítimo por la expedición por las Aduanas de las correspondientes guías.

Muy pronto se vieron los resultados de esta política seguida por el Gobierno de la República, ya que mientras los billetes ilegales, que no gozaban de la confianza internacional, llegaron a cotizarse a 47 francos las cien pesetas, los billetes legales, es decir, aquellos que iban acompañados de la correspondiente guía, se cotizan a 75 francos las 100 pesetas; esperando que, siguiendo esta política, estos mismos billetes, en un futuro próximo, tendrán, si no su valor efectivo en el mercado internacional, por lo menos una cotización que irá aproximándose a la de cheque.

En cuanto a la cesión de pesetas-cheque en el extranjero, utilizables para efectuar pagos en España, la labor de las autoridades financieras del Gobierno de la República, se ha visto coronada por el éxito, hasta tal punto que las ventas de pesetas-cheques en París han llegado a efectuarse hasta a un cambio de 99 francos las 100 pesetas. Actualmente, es decir, en un período de tres meses, se realizan al cambio de 171, dando la tónica de la mejora obtenida el alza de 72 enteros.

El Gobierno ha dado con estos hechos un rotundo mentís a quienes, para encubrir la tibieza de sus sentimientos para con nosotros, negaban a la España republicana un espíritu constructivo, que, no obstante todas las oposiciones, al fin y a la postre, ha prevalecido. España, pues, entra de lleno en la normalidad en el orden económico, y lo que sólo hace un mes era vislumbre de posibilidades, hacia lo que tendían todos los esfuerzos, ahora, sin temor alguno, puede afirmarse que es una realidad.—Fébus.

LA NO INTERVENCION

Agradecimiento a Mussolini

ROMA. — En presencia de su yerno Ciano, ministro de Negocios Extranjeros, y del secretario del partido, Starace, Mussolini ha recibido a la Delegación falangista española, cuyo jefe le ha transmitido un saludo de Franco y le ha expuesto su vivo reconocimiento por «todo lo que la Italia fascista hace en favor de la nueva España».

Mussolini le ha contestado expresándole su viva simpatía y su confianza en el porvenir de España.

(De «Le Peuple», 7-IX-37.)

Nota del Ministerio de Defensa Nacional

El Jefe de los Servicios Quirúrgicos del Ejército de Tierra, ha informado al Jefe de Sanidad Militar del estado en que encontró Belchite en el aspecto que atañe a sus funciones.

«El mismo día de la ocupación —dice—, vimos personalmente en el pueblo que existían ciento cincuenta heridos tratados insuficientemente. Eran, en su mayoría, heridos del aparato locomotor, que había sobrevivido a la falta de tratamiento. Los viscerales habían muerto durante el asedio, sin ser intervenidos ni tratados.

En Belchite no tenían los facciosos la menor organización quirúrgica. No existía hospital quirúrgico ni había cirujanos. Antes del asedio, a los heridos se les evacuaba a Zaragoza, para operarles en el capital. Como durante el cerco ello no se podía hacer, y se carecía de posibilidades quirúrgicas, los heridos viscerales murieron antes de entrar nosotros.

Pudimos recoger a los menos graves y a los leves muy infectados, sin que, afortunadamente, existieran casos de gangrena gaseosa, y a todos los hemos hospitalizado en el hospital quirúrgico que hubimos de montar en A balate, donde han sido operados y donde se les da, como es natural, un trato digno y humano.»

Este informe muestra en singular contraste el trato que los facciosos dieron a los heridos y el que les estamos dando nosotros.

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

Protección del Tesoro Bibliográfico Español

Réplica a Miguel Artigas

por el Catedrático D. Antonio Rodríguez Moñino, de la primera Junta de Protección y Salvamento del Tesoro Artístico de Madrid

IV

TOLEDO. — De esto no podemos nosotros aclarar nada. El tesoro de Toledo quedó intacto allí cuando entraron los fascistas en la imperial ciudad. Por cierto que tenemos a la vista una publicación del campo faccioso hecha a raíz de la toma de Toledo con carácter oficial, en la que se ve el famoso cuadro de El Greco «El entierro del conde de Orgaz», cuadro que, según se denunció en la prensa belga, hace tiempo —conservamos los recortes— estaba en vías de venta.

Muchas obras maestras de arquitectura, en ruinas. Millares de retablos y obras de imaginería, hechas astillas. ¿Para qué seguir?

Muchos retablos y obras de imaginería se han perdido, en efecto. Pero no ha sido el motivo la llamada por Artigas «furia destructora de los rojos», sino la guerra misma, ésta que padecemos, que si es noble por lo que tiene de guerra de independencia frente al yugo que intentan ponernos los invasores alemanes e italianos, lleva inherentes todas las desgracias que por su propia esencia le son inseparables.

Crear que el Gobierno de la República española propugna la destrucción de las imágenes y retablos, es una prueba indudable de obnubilación, cuando no de mala fe. El Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes convirtió el convento de las Descalzas en septiembre de 1936, en Museo de arte religioso, con carácter oficial, en el que cada imagen, cada lienzo y cada retablo adquirió, puesto en las necesarias condiciones de ambiente, todo su valor artístico. Pues bien; ante los repetidos bombardeos de Madrid, algunos de cuyos proyectiles alcanzaron al magnífico convento, hubo que desalojar las colecciones allí reunidas, protegiéndolas de una destrucción posible, debida a la artillería y los aviones extranjeros al servicio de los que se llaman «católicos españoles».

¿Pueden pedir cuentas de la destrucción de monumentos arquitectónicos los arrasadores de Guernica y Torrelavega, los destructores de Alcalá de Henares, los incendiarios de Guadalajara?

La pila bautismal de Miguel de Cervantes Saavedra, joya inestimable de valor emotivo y artístico, pereció bajo la metralla de la aviación fascista. El histórico sepulcro del Cardenal Cisneros, deshecho por las bombas facciosas. ¿Y el Palacio del Infantado? El maravilloso monumento en donde la espuma se hizo piedra, sufrió un día los terribles ataques aéreos de los fascistas: los artesanos del «Salón de Consejo» quedaron reducidos a escombros y los claustros, en donde el gótico adquiría toda su pureza, convertidos en un montón informe de piedras, yeso y madera. ¿Qué objetivos militares se perseguían con estas destrucciones? ¿Quiénes son los destructores de monumentos?

Pensando en esto, una profunda tristeza se apodera del ánimo, y una vergüenza y una rabia de que «ellos» se llaman también españoles.

A nosotros no nos da vergüenza de que los enemigos contra quienes luchamos se llamen «españoles», por una razón bien fácil de comprender: porque no se lo pueden llamar, salvo una mínima parte de ellos. ¿Cómo podrían rebautizarse de españoles los Badoglios, Ferraris, Graziani, etc., italianos cien por cien, o esas divisiones absolutamente extranjeras, cuyo Estado Mayor redacta todos los documentos en la lengua del Dante, como lo demuestra lo que nuestro Alvarez del Vayo publicó en el famoso «Libro Blanco»?

¿Qué impresión de espanto vais a sufrir si visitáis esas ciudades que han sido o son rojas, vosotros, los que formáis la familia de los hispanistas —Huntington, Croce, Farinelli, Fitz-Gerald, Coster, Espinosa, Schevill, Martinancho, Thomas, el de Londres y el de Bruselas, Vossler, Pfandl y tantos otros— cuando vengáis a visitarnos, a continuar vuestros estudios en esta vuestra segunda patria!

Véase cómo reacciona el señor Artigas ante los destrozos cometidos por los fascistas italianos y alemanes en nuestro territorio: llamando a otros extranjeros para que pregonen por el mundo lo que él, si tuviera conciencia de español, debería callar. El llama a los hispanistas para que vean en la zona sublevada la destrucción y la ruina. Nosotros podríamos llamarlos para que contemplaran un panorama de riqueza y construcción en el territorio leal. Y esos hispanistas que cita el señor Ar-

tigas, si vinieran a España, tendrían que desmentir rotundamente lo dicho por él.

Y con ellos, los Ezio Levi, los Bataillon, los Trend, los Babelon, los Gillet, los Sabbe, los Levi-Provençal, los Carvalho, toda la flor y nata del hispanismo.

El panorama destructor que les pinta el biógrafo de Góngora, caería por su base ante la magnífica realidad que les ofrece tanto archivo, tanta biblioteca y tanto museo rescatado del olvido o del egoísmo y puesto al servicio de la cultura mundial. Ellos sabrían dar un terminante mentís a las aseveraciones del antiguo bibliotecario de Santander. Bien se nos alcanza la extraordinaria alegría con que encontrarán puestos a su disposición tesoros documentales inexplorados y casi siempre, cerrados a la investigación docta. Podríamos decir a esos escritores: «Esa horda roja, señor Farinelli, es la misma que le invitó a dar conferencias en España el Curso pasado y la que hoy, en Madrid, entre el estruendo de los cañones, publica el libro de usted, titulado «Dos excéntricos: Cristóbal de Villalón y el doctor Juan Huarte».

La misma que preparaba, señor Benedetto Croce, una edición de su correspondencia con el maestro Menéndez y Pelayo y en ella, aquella maravillosa carta con el magistral análisis de su «Estética».

Desde ahora en adelante, en la España leal, tendrán a su disposición todos los trabajadores dignos, además del conocido, muchísimo material que ignoraban o que nunca pudieron consultar. Hay para todos y sobre todos los temas deseables. Lo que la vieja nobleza escondía y negaba, hoy está absolutamente libre. Y nosotros, los investigadores españoles, os invitamos, no a que secundéis movimientos políticos o a que firméis protestas o adhesiones siempre interesadas, sino a que trabajéis con nosotros, como siempre, en una leal correspondencia y colaboración.

¿Qué más puede desear Coster para sus investigaciones, sino que se le ofrezcan, para su estudio, códices con poesías de Fray Luis de León, que antes nunca vio, o esas docenas de ediciones de Baltasar Gracián, algunas desconocidas, que han ido saliendo de los más insospechados rincones?

Espinosa, padre e hijo, estudiosos el uno de nuestro folklore y el otro de la fonética española, saben que los laboratorios y bibliotecas en donde siempre trabajaron están como estaban. La preparación del «Mapa lingüístico» sigue su curso y los aparatos y archivos documentales recogidos para esta obra, en la que ellos han tomado parte, continúan acrecentándose.